Retiro Espiritual corto para enero de 2027
«Tiempo para cuidar la fe» - Segundo año del Trienio de la Fe

Motivación

Comenzamos un nuevo año como una oportunidad que Dios nos concede para renovar nuestra respuesta a su amor, fortalecer nuestra vocación y seguir creciendo en el seguimiento de Jesucristo. Cada comienzo nos invita a mirar con gratitud el camino recorrido, reconocer lo que el Señor ha realizado en nosotros y disponernos a acoger las gracias que quiere regalarnos.

Al iniciar el segundo año del Trienio de la Fe, bajo el lema «Tiempo para cuidar la fe», somos invitados a comprender que la fe no es una realidad estática ni una conquista definitivamente alcanzada. Es un don recibido que necesita ser acogido, alimentado, cuidado y fortalecido cada día. Como una semilla depositada en la tierra, la fe necesita raíces profundas, alimento constante, paciencia y perseverancia para crecer y producir frutos.

La Palabra de Dios nos recuerda que el crecimiento espiritual es obra de la gracia divina, pero requiere también nuestra colaboración. No basta con haber recibido la fe; es necesario cultivarla mediante la escucha de la Palabra, la oración, la vida sacramental, la comunión fraterna y el ejercicio cotidiano de la caridad.

Este retiro quiere ayudarnos a comenzar el año con una disposición interior renovada, reconociendo aquello que favorece o dificulta el crecimiento de nuestra fe. Que este encuentro sea una oportunidad para dejarnos trabajar por el Señor, abrir espacios a su gracia y asumir compromisos concretos que nos permitan crecer en una fe más profunda, madura y fecunda.



Propuesta de cronograma

8:00 – 8:30 a.m. **INTRODUCCIÓN AL RETIRO**

- Motivación espiritual.
- Invitación al silencio interior.
- Canto apropiado.
- Proclamación de Lucas 8, 4-15
- Breve silencio contemplativo.
- Oración inicial (todos)

8:30 – 9:20 a.m. **PRIMER MOMENTO**
Preparar la tierra del corazón

- Lectura del primer fragmento de *Porta Fidei* (n. 10).
- Pistas de profundización (animador).

9:20 – 9:40 a.m. Tiempo para la meditación personal.

9:40 – 10:00 a.m. Ecos comunitarios.
Oración final del primer momento.

10:00 – 10:30 a.m. Pausa – Refrigerio

10:30 – 10:50 a.m. **SEGUNDO MOMENTO**
Cuidar una fe que crece y da fruto

- Lectura del segundo fragmento de *Porta Fidei* (n. 7).
- Pistas de profundización (animador).

10:50 – 11:10 a.m. Tiempo para la meditación personal.

11:10 – 11:30 a.m. Ecos comunitarios.
Oración final del segundo momento.

11:30 a.m. **CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA**

INTRODUCCIÓN

Quien hace las veces de animador / animadora, invita a los participantes a entrar en la sintonía del retiro espiritual

Nos reunimos en este comienzo de año para disponer nuestro corazón a la acción de Dios. El Señor nos concede un tiempo nuevo, no solamente para emprender nuevas actividades o asumir nuevas responsabilidades, sino, sobre todo, para renovar nuestra relación con Él.

Iniciamos el segundo año del Trienio de la Fe, que nos invita a cuidar la fe. Esta expresión nos recuerda que la vida espiritual requiere cuidado, dedicación y perseverancia. La fe que hemos recibido necesita ser alimentada para que no se debilite, fortalecida para afrontar las dificultades y cultivada para que transforme verdaderamente nuestra existencia.

Como religiosos y religiosas, estamos llamados a reconocer que la familiaridad con las prácticas religiosas no garantiza por sí sola la profundidad de nuestra fe. Podemos vivir rodeados de signos sagrados y, sin embargo, necesitar una renovación interior. Por eso, comenzar el año significa preguntarnos no solamente qué vamos a hacer, sino cómo queremos vivir nuestra relación con Dios.

La imagen de la semilla y de la tierra nos acompañará durante este retiro. Queremos descubrir qué clase de terreno estamos ofreciendo a la Palabra de Dios y qué cuidados necesita nuestra fe para crecer y dar fruto.

Que este tiempo de oración, silencio y encuentro fraterno nos ayude a comenzar el año con un corazón disponible, agradecido y dispuesto a dejarse transformar por el Señor.

Acto seguido, se proclama el texto bíblico iluminador del retiro (Lucas 8, 4–15)

Del Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, se le juntaba a Jesús mucha gente y, al pasar por los pueblos, otros se iban añadiendo. Entonces les dijo esta parábola: "Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso y, al crecer, se secó por falta de humedad. Otro poco cayó entre zarzas, y las zarzas, creciendo al mismo tiempo, lo

ahogaron. El resto cayó en tierra buena y, al crecer, dio fruto el ciento por uno." Dicho esto, exclamó: "El que tenga oídos para oír, que oiga."

Entonces le preguntaron los discípulos: "¿Qué significa esa parábola?" Él les respondió: "A ustedes se les ha concedido conocer los secretos del reino de Dios; a los demás, sólo en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan. El sentido de la parábola es éste: La semilla es la palabra de Dios. Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven. Los del terreno pedregoso son los que, al escucharla, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre zarzas son los que escuchan, pero, con los afanes y riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no maduran. Los de la tierra buena son los que con un corazón noble y generoso escuchan la palabra, la guardan y dan fruto perseverando".

Palabra del Señor.

Oración inicial

La leen todos / todas luego de la proclamación del texto bíblico

Señor Jesús, sembrador de la Palabra y fuente de nuestra fe, al comenzar este nuevo año ponemos nuestra vida en tus manos. Tú conoces nuestra historia, nuestras búsquedas, nuestras fortalezas y fragilidades.

Prepara la tierra de nuestro corazón para acoger tu Palabra. Arranca de nosotros cuanto impide el crecimiento de la fe y enséñanos a cultivar una relación más profunda contigo.

Que este segundo año del Trienio de la Fe sea para nosotros un tiempo de renovación espiritual, perseverancia y fecundidad. Haznos dóciles a tu Espíritu, fieles a nuestra vocación y generosos en el servicio a nuestros hermanos. Amén.

PRIMER MOMENTO
Preparar la tierra del corazón

Alguno de los participantes lee un fragmento del número 10 de la carta apostólica.

Quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento (...)

Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «"Creo": Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. "Creemos": Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. "Creo", es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: "creo", "creemos"».

Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio *asentimiento*, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor.



Pistas para profundizar en el fragmento:
Pueden ser propuestas y profundizadas por el animador

- La fe comienza en un corazón abierto a la gracia. Benedicto XVI recuerda que creer no es simplemente el resultado de una decisión humana o de un esfuerzo intelectual. La fe es, ante todo, un don de Dios que transforma interiormente a la persona. Preparar la tierra del corazón significa disponernos a recibir y acoger esa gracia, reconociendo que necesitamos constantemente la acción del Señor.

- La fe exige una respuesta personal. Aunque la fe es un don, no elimina nuestra libertad ni nuestra responsabilidad. Dios nos invita a responder con confianza y disponibilidad. Al comenzar este año, estamos llamados a preguntarnos si nuestra adhesión a Cristo sigue siendo una decisión viva y consciente o si se ha convertido en una costumbre sostenida principalmente por la rutina.

- La fe necesita transformar la interioridad. El Papa destaca que el corazón es el lugar donde la gracia de Dios suscita la apertura necesaria para creer. No basta conocer los contenidos de la fe ni cumplir exteriormente determinadas prácticas religiosas. Es necesario permitir que la Palabra de Dios ilumine nuestros pensamientos, purifique nuestras motivaciones y transforme nuestras actitudes.

- La vida religiosa requiere una renovación permanente de la fe. Nuestra consagración no significa que hayamos alcanzado definitivamente la madurez espiritual. También nosotros experimentamos dudas, cansancio, distracciones y momentos de sequedad interior. Preparar la tierra del corazón implica reconocer estas fragilidades y disponernos a renovar nuestra relación personal con Jesucristo.

- La fe interior debe expresarse en la vida. *Porta fidei* recuerda la relación inseparable entre creer con el corazón y profesar la fe. Nuestra adhesión interior a Cristo necesita manifestarse en palabras, decisiones y comportamientos concretos. La autenticidad de nuestra fe se reconoce en la coherencia entre lo que creemos, lo que celebramos y lo que vivimos.



Preguntas para la meditación personal:
Cada persona dispone de un tiempo prudencial de tiempo para responder a las preguntas

- ¿Cómo describiría el estado actual de mi fe al comenzar este nuevo año? ¿Qué aspectos necesitan ser renovados o fortalecidos?
- ¿Qué actitudes, preocupaciones o rutinas están dificultando mi apertura a la gracia de Dios y mi relación personal con Jesucristo?
- ¿Qué cambios concretos necesito realizar para que mi fe sea una respuesta más consciente, libre y comprometida con el Señor?

Se sugiere que, concluido el tiempo de reflexión personal, todos se reúnan en el mismo lugar y espontáneamente hagan algunos ecos a propósito del ejercicio de meditación. Luego todos concluyen este primer momento recitando juntos la siguiente oración:

Señor Jesús, tú conoces la tierra de nuestro corazón. Sabes dónde nuestra fe se ha debilitado, dónde hemos perdido el entusiasmo y dónde necesitamos comenzar de nuevo. Abre nuestro corazón a la acción de tu gracia. Libéranos de la superficialidad, de la rutina y de todo lo que nos impide responder generosamente a tu amor. Haz que nuestra fe no sea solamente una expresión exterior de nuestra vida religiosa, sino una adhesión profunda, consciente y sincera a tu persona. Que este nuevo año sea para nosotros un tiempo de verdadera conversión, renovación interior y fidelidad a nuestra vocación. Amén.

Se puede hacer una pausa para un refrigerio

SEGUNDO MOMENTO
Cuidar una fe que crece y da fruto

Alguno de los participantes lee un fragmento del número 7 de la carta apostólica.

«*Caritas Christi urget nos*» (*2 Co* 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. *Mt* 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más

convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo». El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la «puerta de la fe».

Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

Pistas para profundizar en el fragmento:
Pueden ser propuestas y profundizadas por el animador

- La fe necesita crecer constantemente. Benedicto XVI nos recuerda que la fe no es una realidad que se recibe una vez y permanece inalterable. Es una experiencia viva que necesita profundizarse a lo largo de toda la existencia. Cuidar la fe significa reconocer que siempre podemos conocer más al Señor, confiar más plenamente en Él y responder con mayor generosidad a su amor.

- El crecimiento de la fe nace del encuentro con Cristo. La fe se fortalece cuando experimentamos el amor de Dios y permanecemos unidos a Jesucristo. La oración personal, la escucha de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y la vida sacramental son medios privilegiados para alimentar esta relación. No se trata simplemente de multiplicar prácticas religiosas, sino de vivirlas como auténticos espacios de encuentro con el Señor.



- La fe crece cuando se comunica. Porta fidei enseña que la fe se fortalece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comparte. Esta afirmación nos recuerda que nuestra vida espiritual no puede encerrarse en nosotros mismos. La fe que cultivamos está llamada a convertirse en testimonio, anuncio y servicio, especialmente en medio de las personas con quienes compartimos nuestra vida y misión.

- La vida fraterna es un espacio privilegiado para cuidar la fe. En nuestras comunidades religiosas, el crecimiento espiritual se realiza también mediante las relaciones cotidianas. La paciencia, la escucha, el perdón, la comprensión y la ayuda mutua son expresiones concretas de una fe que madura. Una comunidad que cultiva la fe no es solamente aquella que reza unida, sino también aquella que aprende a vivir el Evangelio en sus relaciones.

- La fe madura produce frutos de caridad y esperanza. El crecimiento espiritual no puede medirse únicamente por la intensidad de nuestras experiencias interiores. Una fe verdaderamente cultivada se manifiesta en una mayor disponibilidad para servir, una actitud más misericordiosa, una esperanza más firme y una fidelidad más perseverante. Los frutos de la fe revelan hasta qué punto nuestra relación con Cristo está transformando nuestra vida.

- El segundo año del Trienio de la Fe nos invita a asumir compromisos concretos. Cuidar la fe requiere constancia, disciplina espiritual y decisiones conscientes. Este año no debería transcurrir sin que podamos identificar un crecimiento real en nuestra relación con Dios. Cada uno está llamado a descubrir qué medios necesita fortalecer y qué frutos desea ofrecer al Señor mediante su vida consagrada.

Preguntas para la meditación personal:
Cada persona dispone de un tiempo prudencial de tiempo para responder a las preguntas

- ¿Qué medios concretos estoy utilizando para alimentar mi fe y fortalecer mi relación personal con Jesucristo? ¿Cuáles necesito recuperar o fortalecer?
- ¿Qué frutos de mi fe se manifiestan actualmente en mi vida comunitaria, en mis relaciones fraternas y en mi servicio apostólico?
- ¿Qué compromiso personal y concreto quiero asumir durante este segundo año del Trienio de la Fe para crecer en una fe más profunda, madura y fecunda?



Se sugiere igualmente que, concluido el tiempo de reflexión personal, todos se reúnan en el mismo lugar y espontáneamente hagan algunos ecos a propósito del ejercicio de meditación. Luego todos concluyen este primer momento recitando juntos la siguiente oración:

Señor Jesús, tú eres la fuente de nuestra fe y el fundamento de nuestra esperanza. Enséñanos a permanecer unidos a ti y a cuidar con perseverancia el don que hemos recibido. Que nunca nos falte el alimento de tu Palabra, la fuerza de la Eucaristía y la alegría de la oración. Renueva cada día nuestro encuentro contigo y haz que experimentemos la profundidad de tu amor. Fortalece nuestra vida fraterna y ayúdanos a expresar nuestra fe mediante gestos concretos de paciencia, perdón, generosidad y servicio. Que este segundo año del Trienio de la Fe sea para nosotros un tiempo de verdadero crecimiento espiritual y que nuestra vida consagrada produzca frutos abundantes para el bien de la Iglesia y del mundo. Amén.

Conclusión del Retiro

El retiro puede concluir con la celebración eucarística. Sugerimos algunos elementos para incluir en la Eucaristía:

Lecturas:

Primera lectura: Oseas 10,11-12. Invitación a preparar un terreno nuevo y buscar al Señor.
Salmo responsorial: Salmo 1. El justo es como un árbol plantado junto a corrientes de agua.
Evangelio: Lucas 8,4-15. Parábola del sembrador.

Oración de Fieles:

Presidente: Hermanos y hermanas, al comenzar este nuevo año y disponernos a vivir el segundo año del Trienio de la Fe, elevemos nuestra oración al Padre, que siembra su Palabra en nuestros corazones y nos concede la gracia necesaria para crecer en fidelidad. Digamos juntos:

R/. Señor, aumenta nuestra fe.



1. Por la Iglesia, para que, alimentada constantemente por la Palabra de Dios y la Eucaristía, crezca en fidelidad al Evangelio y produzca frutos abundantes de santidad y caridad. Roguemos al Señor.

2. Por todos los consagrados y consagradas, para que este nuevo año sea una oportunidad de renovar su vocación, fortalecer su vida interior y cuidar una fe profunda y perseverante. Roguemos al Señor.

3. Por nuestras comunidades religiosas, para que sean espacios donde la fe se alimente mediante la oración, la fraternidad, el acompañamiento mutuo y el testimonio cotidiano del amor de Dios. Roguemos al Señor.

4. Por quienes atraviesan momentos de sequedad espiritual, cansancio o debilitamiento de su fe, para que encuentren en la gracia de Dios la fortaleza necesaria para perseverar y comenzar de nuevo. Roguemos al Señor.

5. Por todos los participantes de este retiro, para que los compromisos asumidos al iniciar el segundo año del Trienio de la Fe se traduzcan en una vida espiritual más profunda y en frutos concretos de amor y servicio. Roguemos al Señor.

Presidente: Padre bueno, tú que siembras generosamente tu Palabra en nuestros corazones, escucha nuestras súplicas y concédenos cuidar con perseverancia el don de la fe, para que nuestra vida produzca frutos abundantes de santidad. Por Jesucristo, nuestro Señor. R/. Amén.

